
*Antígona... ¡para siempre!

R. M. Juarbe Universidad de Puerto Rico Recinto de Río Piedras

Sobre el mito de Antígona

Antígona (Ἀντιγόνη) es el título de una de las tragedias tebanas del escritor griego Sófocles (496-406 a. E. C.). La obra, basada en el mito clásico de Antígona, fue representada por primera vez en el año 441 a. E.C. La historia de la protagonista es una continuación del hado adverso de la tragedia protagonizada por su padre e inmortalizada en el Edipo Rey del mismo autor.

Según la leyenda, después de la muerte de Edipo, sus hijos Etéocles y Polinices se ponen de acuerdo para reinar cada uno por turno durante un año en Tebas, pero Etéocles no respeta el pacto. Combaten en duelo y uno mata al otro. Ya que Polinices había sido el primero en sitiar la ciudad, el nuevo rey de Tebas, su tío materno Creonte



(Creón) lo declara traidor y enemigo del estado y prohíbe que su cadáver sea enterrado. En ese momento de la estirpe maldita de Edipo y Yocasta quedan dos hijas: Ismene y Antígona. La primera acepta más o menos el decreto real, la segunda, lo desobedece...y se convierte en Antígona... ¡para siempre!

Antígona... ¡para siempre!: Mito y metáfora

El libreto original de Antígona... ¡para siempre! es resultado, consecuencia y producto de la pervivencia de un mito que se ha convertido en una metáfora. En orden de aparición actúan ante un público curioso, sorprendido, conmovido, dolido y furioso (¿alguien dijo catarsis?): el Creonte del peruano José Watanabe; la Antígona Pérez de Luis Rafael Sánchez; a Antígona y la Ismene

* Notas de la puesta en escena del Teatro Rodante bajo la dirección del profesor Miguel Vando, Teatro Julia de Burgos, 17-24 octubre de 2019.

sofocleas que se confunden con la Antígona y la Ismene germanas de Bertolt Brecht; Anita que es la miserable Antígona neoyorquina de Janusz Glowacki; dos Antígonas argentinas: la Antígona furiosa de Griselda Gambaro y la poética Antígona Vélez de Leopoldo Marechal; la Antígona de posguerra del francés Jean Anouilh; Tegonni, la Antígona nigeriana de Femi Osofisan; la Antígona haitiana de Félix Morisseau-Leroy; Winston como la Antígona sudafricana y masculina en la versión metateatral de Athol Fugard; las hermanas galas Antígona e Ismene de Jean Cocteau y, nuevamente, nuestra Antígona Pérez haciéndole frente al generalísimo



Creón Molina. Todas en pie de lucha desobedecerán y utilizarán las armas más primitivas: las manos y la boca. Con las manos les negarán a las bestias el banquete que estas pretenden. Con la boca nos sacudirán con frases como:

“Los vivos somos la gran sepultura de los muertos”

(Antígona furiosa)

“Mi alma se me había ido y salí a buscarla” (Antígona Vélez)

“Ahora voy a una muerte en vida, solo porque honré aquellas cosas que merecen ser honradas” (Winston-Antígona de Fugard)

Aunque sus caras, vestidos, circunstancias históricas, situaciones particulares e identidades sexuales sean distintas, todas y todos coinciden en que Antígona es una tragedia sobre la lucha, la contienda, la batalla que es el vivir. En ella se enfrentan nociones a menudo irreconciliables como el deber familiar y el deber civil; las normas religiosas y las leyes del estado; el bienestar individual y el bien común; la entrega desinteresada y el interés de poder; la legendaria bondad femenina y el tradicional orgullo masculino. Hace veintiséis siglos que Antígona se convirtió en metáfora de la lucha por la justicia y la libertad y, evidentemente, de acuerdo con la prueba presentada, no ha dejado de serlo.